

EL ENMASCARADO.— Alguien va á pedirnos cuentas con sangre, de ciertas lágrimas.

FIESCO.— ¿Qué lágrimas?

EL ENMASCARADO.— Las de cierta condesa de Lavagna. Conozco perfectamente á esta dama y quisiera saber cómo ha merecido ser sacrificada á una loca.

FIESCO.— Ahora lo comprendo. ¿Puedo preguntar el nombre de tan extraño provocador?

EL ENMASCARADO.— Es el mismo que adoró un tiempo á la hija de Zibo, y que se retiró cuando vino Fiesco á ofrecerla su mano.

FIESCO.— Escipion Borgognino.

EL ENMASCARADO.— (*Quitándose el antifaz.*) Él es, quien pretende ahora borrar la vergüenza que le causó retirarse delante de un rival, que, con pésimo consejo, se entretiene en atormentar á la misma bondad.

FIESCO.— (*Abrazándole con calor.*) ¡Noble mancebo!... Bendigo las penas de mi mujer, ya que me ofrecen ocasion de conocer á persona tan digna. Comprendo la belleza de vuestra accion, pero os anuncio que no me batiré.

BORGOGNINO.— (*Retrocediendo.*) ¿Será el conde de Lavagna tan cobarde, que no se atreva á exponerse á mis primeras armas?

FIESCO.— Borgognino, me expondría contra el poder de Francia entera, y no contra vos. Respeto este noble ardor en defensa de una persona amada y confieso que vuestra intencion merece una corona, pero batirnos fuera pueril.

BORGOGNINO.— (*Irritado.*) ¡Pueril, Conde! Si nada puede la mujer que no sea llorar el ultraje, ¿para qué está el hombre?

FIESCO.— Muy bien dicho, pero yo no me bato.

BORGOGNINO.— (*Le vuelve la espalda, y hace que se va.*) Y yo os despreciaré.

FIESCO.— (*Con viveza.*) ¡Vive Dios! Eso nunca, man-

cebo, aunque en ello debiera perder algo la virtud. (*Asiéndole la mano.*) ¿Habeis sentido por mi algo como... ¿qué diré... como respeto?

BORGOGNINO.— ¿Acaso cediera el puesto á otro alguno, si no le hubiese tenido por el primero?

FIESCO.— Pues bien, amigo mio; difícil me seria despreciar á quien hubiese merecido una sola vez mi respeto. Creería desde luego que la trama de un hábil maestro ha de estar muy artísticamente tejida, y que no es fácil sea patente y clara á los ojos de un aprendiz. Idos á casa, Borgognino, y tomaos tiempo para reflexionar por qué Fiesco ha obrado así y no de otro modo. (*Borgognino se retira silencioso.*) Vé, noble mancebo. Si arden todavía tales corazones por la patria, ya pueden los Dória cuidar de su seguridad.

#### ESCENA IX.

FIESCO.— EL MORO sale tímidamente y mirando receloso en torno suyo.

FIESCO.— (*Le observa largo rato con penetrante mirada.*) ¿Qué quieres, y quién eres?

EL MORO.— Un esclavo de la República.

FIESCO.— Miserable condicion la del esclavo. (*Mirándole siempre fijamente.*) ¿Qué buscas?

EL MORO.— Señor, yo soy un hombre honrado.

FIESCO.— Trata siempre de defender tu rostro con semejante escudo; no estará de más. Pero ¿qué buscas aquí?

EL MORO.— (*Intenta acercarse, y Fiesco se aparta.*) Señor, yo no soy un malvado.

FIESCO.— Bien haces en decirlo, aunque no basta... Pero... ¿qué estás buscando?

EL MORO.— (*Se acerca de nuevo.*) ¿Sois vos el conde de Lavagna?



FIESCO. — (*Con altivez.*) Hasta los ciegos conocen mi paso. ¿Qué tienes que ver con el Conde?

EL MORO. — ¡Alerta, pues, Lavagna! (*Se adelanta hacia él.*)

FIESCO. — (*Se retira por el otro lado.*) Ya lo estoy.

EL MORO. — Alguien hay que no abriga muy buenas intenciones con respecto á vos.

FIESCO. — (*Se retira otra vez.*) Ya lo veo.

EL MORO. — Guardaos de Dória.

FIESCO. — (*Acercándose á él.*) Buen hombre, quizá he estado injusto contigo... Este nombre es, en efecto, temible para mí.

EL MORO. — Alejaos de quien lo lleva. ¿Podeis leer?

FIESCO. — ¡Rara pregunta!... Sin duda te envía algún señor. ¿Traes un billete?

EL MORO. — Aquí figura vuestro nombre entre los de algunos pobres diablos. (*Le presenta un billete y se planta junto á él. Fiesco se coloca delante de un espejo y recorre el papel de una ojeada. El Moro le cerca espiondo sus gestos, hasta que tira de un puñal y va á herirle.*)

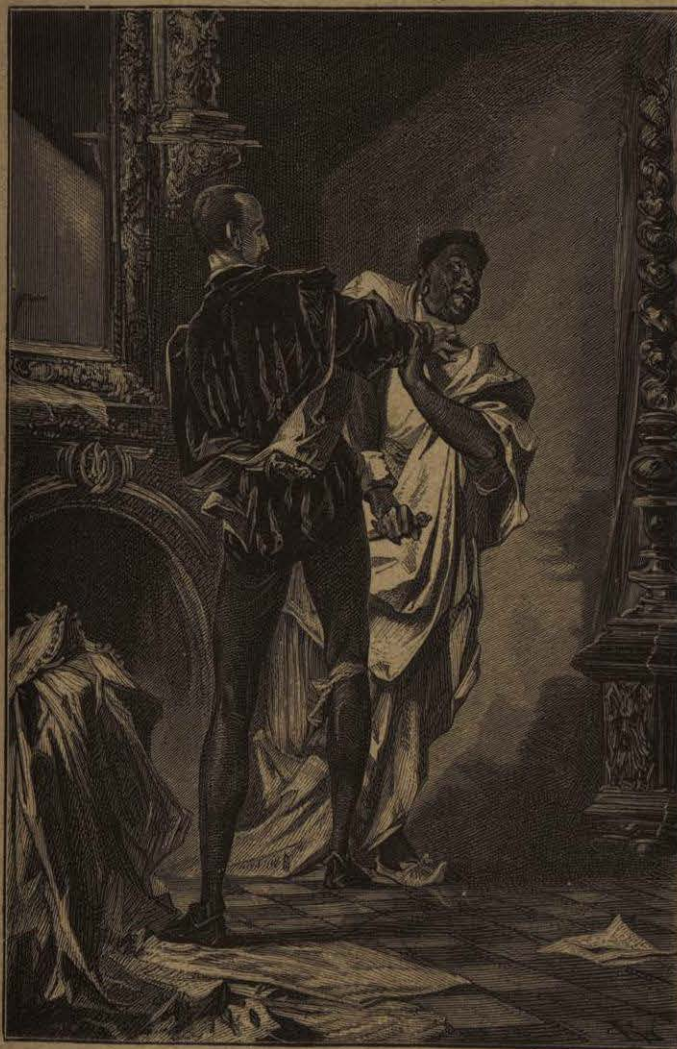
FIESCO. — (*Se vuelve con presteza y detiene el brazo del Moro.*) Despacio... canalla... (*Le arranca el puñal.*)

EL MORO. — (*Pataleando.*) ¡Demonio! ¡Perdon!... (*Intenta escapar.*)

FIESCO. — (*Le coge y llama en alta voz.*) Estéban, Druillo, Antonio. (*Retiene al Moro por la garganta.*) Aguárda, amigo. ¡Infernal infamia! (*Salen los criados.*) Aguárda y contesta. Acabas de cumplir una vil comision. ¿Quién te ha comprado?

EL MORO. — (*Después de vanos esfuerzos por desasirse.*) No han de colgarme más arriba de la horca.

FIESCO. — No, consúelate. Claro que no te ahorcarán en los cuernos de la luna, pero sí á bastante altura para que parezcas desde abajo un monda-dientes. Mas tu eleccion era tan política que no puedo atribuirla al ingenio que te dió tu madre. Dime, pues, quién te ha pagado.



*Fiesco sorprendiendo á su asesino.*



EL MORO.— Señor, llamadme si quereis malvado, pero no tonto.

FIESCO.— ¡ Si tendrá tambien amor propio esa bestia! Responde, animal... ¿ quién te ha pagado?

EL MORO.— (*Reflexionando.*) Hum... Así no sería yo sólo el loco, y por cien miserables zequies... ¿ Que quién me pagó?... El príncipe Gianettino.

FIESCO.— (*Picado; paseándose.*) ¡ Cien zequies y no más por la cabeza de Fiesco! (*Con ironía.*) ¡ Vergüenza, Príncipe real de Génova! (*Echa mano á la gaveta.*) Toma, perillan; ahí tienes mil y vé á decirle á tu amo que no es más que un ruin asesino. (*El Moro le mira de alto abajo.*) ¿ Qué estás pensando, miserable? (*El Moro toma el dinero, lo pone sobre la mesa, luego vuelve á tomarlo, y mira á Fiesco con creciente sorpresa.*) ¿ Qué haces?

EL MORO.— (*Echa resueltamente el dinero sobre la mesa.*) Señor... yo no he merecido ese dinero.

FIESCO.— ¡ Animal! La horca has merecido tú; pero el elefante irritado aplasta al hombre, y no á una sabandija. Con una sola palabra podia ahorcarte.

EL MORO.— (*Satisfecho le hace una reverencia.*) Harta es vuestra bondad, monseñor.

FIESCO.— Dios me libre de ello; no para tí. Pero me place poder á voluntad aniquilar ó conservar un pícaro como tú, y por eso eres libre. Entiéndelo bien; tu torpeza es prenda del cielo de que estoy destinado á algo grande. Y esta es la causa de mi clemencia y de tu libertad.

EL MORO.— (*Con cordial efusion.*) Conde, venga esa mano. El honor de un hombre vale el de otro. Si álguien estorba le degüello.

FIESCO.— Vaya qué cumplido animal, que quiere mostrarme su gratitud degollando al prójimo.

EL MORO.— No recibimos gratuitamente nuestros dones, señor. Tambien existe el honor en nuestro cuerpo.



FIESCO.— ¡El honor de los degolladores!

EL MORO.— Que está más aquilatado que el de vuestros hombres de bien. Ellos violan sus juramentos á Dios, y nosotros guardamos escrupulosamente los nuestros al diablo.

FIESCO.— ¡Eres chusco!

EL MORO.— Me alegra que sea de vuestro agrado. Ponedme á prueba y os daré á conocer con qué pres-teza despacho. Informaos de quién soy, si quereis Puedo mostrar certificados de todas las sociedades de cacos de la primera a la última.

FIESCO.— ¿Qué es lo que oigo? (*Se sienta.*) ¡Conque los picaros reconocen tambien leyes y jerarquías! Háblame de la última clase.

EL MORO.— ¡Psit... señor!... ¡Miserable caterva de gente de largos dedos!... ¡Indigno oficio que no produce un solo hombre notable, y se afana por acabar á latigazos y dar en presidio ó en la horca!

FIESCO.— ¡Brillante perspectiva!... Tengo curiosidad de conocer las clases más elevadas.

EL MORO.— Hay la de los espías y soplones, hombres importantes á quienes prestan oído los nobles que les dan noticias. Estos pican como sanguijuelas, chupan todo el veneno del corazon y lo infiltran á quien le toca.

FIESCO.— Ya conozco esto. Adelante.

EL MORO.— Llegamos ahora á los asesinos y envenenadores, á toda esa canalla que acecha largo tiempo á su víctima y la prende en la trampa. Son por lo comun cobardes, pero gente de humor, que pagan al diablo el aprendizaje con su pobre alma. Por ellos la justicia hace más de lo acostumbrado; les descoyunta los huesos en la rueda ó planta sus cabezas de zorro en la picota. Esta es la tercera clase.

FIESCO.— Prosigue. ¿Cuándo llega la tuya?

EL MORO.— ¡Mal rayo, señor!... Ya estamos. Yo las

he recorrido todas. Mi genio franquea rápidamente todas las vallas de separacion. Ayer tarde hice mi obra maestra en la tercera clase, y hace un rato he fracasado en la cuarta.

FIESCO.— ¿Esta se compone...

EL MORO.— De los que buscan á su hombre entre cuatro paredes, se abren camino á través de los peligros, van hácia él y de buenas á primeras le ahorran el trabajo de dar las gracias. Entre nosotros se les llama los mensajeros del infierno. Al primer capricho que le da, Mefistófeles no tiene más que hacer una seña, y ya tiene el asado á punto y calentito.

FIESCO.— Eres un cumplido pillastre. Mucho há que iba en busca de uno como tú... Venga esa mano; quiero guardarte á mi servicio.

EL MORO.— ¿Os burlais ó hablais seriamente?

FIESCO.— Muy seriamente; te daré mil zequies anuales.

EL MORO.— Acepto, Conde; soy vuestro. Llévase el diablo mi vida privada. Empleadme como querais. Haced de mí vuestro lebrél, vuestro perro guardian, un zorro, una serpiente, un alcahuete, un ayudante de verdugo. Yo sirvo para todo, monseñor, menos para algo honrado, porque ¡por vida!... soy muy porro en tales materias.

FIESCO.— Descuida. Cuando quiero regalar á alguien un cordero no lo confío al lobo. Ponte desde mañana á recorrer Génova y á olfatear lo que ocurre; averigua qué piensan del gobierno, qué se murmura de los Dó-ria, qué dicen mis conciudadanos de mi vida disipada y mis novelescos amores. Ahoga en vino sus cerebros hasta que charlen como cotorras. No ha de faltarte dinero. ¡Conque no seas avaro en derramarlo entre los comerciantes de sedas!

EL MORO.— (*Mirándole como quien reflexiona.*) ¡Señor!...



FIESCO. — Descuida... No hay en eso nada de honrado... Anda... Llama á tu pandilla en tu socorro. Mañana oiré tus noticias. *(Se va.)*

EL MORO. — *(Siguiéndole.)* Fiad en mí. Ahora son las cuatro de la madrugada. Mañana á las ocho tendreis tantas noticias como oyen en dos veces setenta pares de orejas. *(Se va.)*

### ESCENA X.

Aposento en casa de VERRINA.

BERTA echada en un sofá, oculto el rostro entre las manos.  
Sale VERRINA con sombrío ademan.

BERTA. — *(Espantada, levantándose.)* ¡Dios mio! ¡Él!  
VERRINA. — *(Se detiene y la mira sorprendido.)* ¿De cuándo acá mi hija le teme á su padre?

BERTA. — ¡Apartad!... ¡Dejadme salir!... Me espantais, padre mio.

VERRINA. — ¡Oh única hija de mi alma!

BERTA. — *(Alzando á él con dolor la mirada.)* No; es fuerza que tengais aún una hija.

VERRINA. — ¿Te pesa, pues, mi ternura?

BERTA. — Me aplasta.

VERRINA. — ¡Cómo me recibes así, hija mia! Otras veces, cuando volvía á casa con el corazón abrumado, mi Berta corría á mi encuentro, y con su sonrisa me aliviaba del grave peso. Ven, hija mia, abrázame; déjame que en tu seno se reanime mi corazón, que se heló junto al féretro de la patria. ¡Oh, hija mia! Desde hoy he cesado de confiar en los goces de la vida, y sólo tú me restas!

BERTA. — *(Fijando en él la mirada largo rato.)* ¡Oh, desdichado padre!

VERRINA. — *(La abraza angustiado.)* ¡Berta, mi única hija, mi última, mi única esperanza... La libertad

de Génova está perdida... Fiesco está perdido... *(La estrecha con fuerza contra él, murmurando entre dientes)...*  
Tú serás una mujer perdida!

BERTA. — *(Desasiéndose.)* ¡Dios mio!... Sabeis...

VERRINA. — *(Trémulo.)* ¿Qué?

BERTA. — Mi honor...

VERRINA. — *(Con rabia.)* ¿Qué?

BERTA. — Esta noche...

VERRINA. — *(Fuera de sí.)* ¿Qué?

BERTA. — Violada... *(Cae sobre el sofá.)*

VERRINA. — *(Después de prolongado silencio, y con voz ahogada.)* Una palabra, hija mia... la última. *(Con voz hueca y cascada.)* ¿Quién?

BERTA. — ¡Desdichada de mí!... Cese esta cólera, pálida como la muerte... Socorredme, ¡Dios mio!... Balbucea... tiembla.

VERRINA. — Y yo no sabía... Hija, ¿quién?

BERTA. — ¡Calma, padre mio!

VERRINA. — *(Amenazándola.)* ¡Por el cielo!... ¿Quién?

BERTA. — Un enmascarado.

VERRINA. — *(Retrocede, y después de un instante de reflexión y angustia.)* No; esto no puede ser; no viene este pensamiento de Dios. *(Suelta una carcajada convulsiva.)* ¡Qué loco soy!... ¡Como si todo el veneno sólo pudiera salir de un solo reptil! *(A Berta, con más calma.)* ¿Tenía este hombre mi estatura, ó era más bajo?

BERTA. — Más alto.

VERRINA. — *(Con viveza.)* ¿El pelo negro y rizado?

BERTA. — Negro como el carbon y rizado.

VERRINA. — *(Se aparta de ella, tambaleándose.)* ¡Dios mio!... ¡Ay!... ¡mi cabeza!... ¡La voz!...

BERTA. — Bronca; voz de bajo.

VERRINA. — *(Con violencia.)*... ¿De qué color...? No; no quiero saber más... La capa... ¿de qué color?

BERTA. — La capa, verde... me parece.



VERRINA. — (*Oculto el rostro entre las manos, y cae sobre el sofá.*) Tranquilízate... no es nada... un vahído... ¡Hija mía! (*Descubre el rostro, pálido como la muerte.*)

BERTA. — (*Juntando las manos.*) ¡Dios de misericordia!... Este no es mi padre.

VERRINA. — (*Tras un momento de silencio, con amarga sonrisa.*) ¡Bien, bien, cobarde Verrina!... No bastaba que violase el santuario de las leyes; era preciso violar también el santuario de la familia... (*Se levanta.*) ¡Vaya!... presto... llama á Nicolás... ¡A ver!... pólvora y balas... Ó si no... Aguarda... Se me ocurre otra idea... otra idea mejor... Trae la espada... Encomiéndate á Dios. (*Golpeándose la frente*)... Pero... ¿qué voy á hacer?

BERTA. — ¡Padre!... me da pavor.

VERRINA. — Ven; siéntate junto á mí. (*Con intencion.*) Berta, cuéntame... Berta, ¿qué hizo aquel antiguo romano, cuya hija pareció á alguien tan... ¿cómo diré? tan agraciada... Oye, Berta, ¿qué dijo Virginius á su deshonrada hija?

BERTA. — (*Con espanto*)... No sé...

VERRINA. — ¡Necia!... Nada dijo... (*Coge de súbito una espada.*) Cogió un cuchillo.

BERTA. — (*Arrojándose espantada en sus brazos.*) ¡Dios mío!... ¿Qué intentáis?

VERRINA. — (*Suelta la espada.*) No; hay todavía justicia en Génova.

## ESCENA XI.

Dichos.— SACCO.—CALCAGNO.

CALCAGNO. — Dáte prisa, Verrina; prepárate; hoy se verifican las elecciones de la República, y queremos llegar á tiempo á la Signoria para nombrar los nuevos senadores. El pueblo pulula por las calles; toda la no-

bleza acude á la casa capitular. Irás con nosotros (*con ironía*) á presenciar el triunfo de nuestra libertad.

SACCO. — ¡Una espada en el suelo! ¡Qué torva mirada, Verrina!... y Berta tiene los ojos enrojecidos.

CALCAGNO. — ¡Por vida!... Ahora lo advierto... Sacco; aquí ha ocurrido alguna desgracia.

VERRINA. — (*Colocando dos sillas frente á ellos.*) Sentaos.

SACCO. — Amigo, nos espantas.

CALCAGNO. — Amigo, no te habia visto nunca así. Si no hubiese llorado Berta, creeria que Génova está perdida.

VERRINA. — ¡Perdida!... Sentaos.

CALCAGNO. — (*Asustado.*) Te conjuro á...

VERRINA. — Oid.

CALCAGNO. — ¡Lo que presiento, Sacco!

VERRINA. — Genoveses: ambos conocéis la antigüedad de mi abolengo. Vuestros abuelos sirvieron á los míos; mis padres se batieron por la patria; sus esposas eran el modelo de las genovesas; nuestro único bien, el honor que pasó como herencia de padres á hijos. ¿Hay quien pueda sostener lo contrario?

SACCO. — Nadie.

CALCAGNO. — Nadie; tan cierto como hay Dios.

VERRINA. — Soy el último de mi raza; mi mujer murió, y su único legado fué mi hija. Vosotros sois testigos, genoveses, de cómo la eduqué. ¿Habrà quien ose presentarse y reconvenirme por haber descuidado á mi Berta?

CALCAGNO. — Tu hija es el modelo del país.

VERRINA. — Soy viejo, amigos, y si pierdo á mi hija no me es dado esperar otra y mi nombre se extingue. (*Con terrible gesto.*) Pues bien... la he perdido... mi raza está deshonrada.

CALCAGNO y SACCO. — (*Conmovidos.*) ¡Dios no lo quiera! (*Berta cae en el sofá con hondos gemidos.*)



VERRINA.—No, hija mia... no desesperes. Estos hombres son buenos y valientes y lloran por ti... Pagará con su sangre la hazaña... No sigais así estupefactos, amigos. (*Lentamente y con gravedad.*) Bien pudo violar á una doncella, quien oprime á su patria.

CALCAGNO Y SACCO.—(*Se levantan y apartan las sillas.*) ¡Gianettino Dória!

BERTA.—(*Con súbita exclamacion.*) ¡Caigan sobre mí estos muros!... ¡Mi Escipion!

### ESCENA XII.

Dichos.—BORGOGNINO.

BORGOGNINO.—(*Con calor*) ¡Albricias, Berta, albricias!... Noble Verrina; de vuestras palabras va á depender mi felicidad. Tiempo hace que amo á vuestra hija, sin que me atreviera á pedir su mano, porque toda mi fortuna flotaba á merced de las olas, sobre engañosas tablas, que llegan de Coromandel. Mas hoy mi fortuna entra en el puerto con velas desplegadas, y dícenme que me trae inmensos tesoros. Soy rico. Concededme la mano de Berta; juro que he de hacerla feliz. (*Berta oculta el rostro. Profundo silencio.*)

VERRINA.—(*A Borgognino.*) ¿Deseais, mancebo, arrojarse vuestro corazón á un lodazal?

BORGOGNINO.—(*Echa mano á la espada, mas luego la retira.*) ¿Su padre habla así?

VERRINA.—Y así hablará cualquier tuno de Italia. ¿Quereis aceptar las sobras del festin ajeno?

BORGOGNINO.—Mira, no me vuelvas loco, buen viejo.

CALCAGNO.—Verrina dice la verdad, Borgognino.

BORGOGNINO.—(*Corriendo hácia Berta.*) ¿Dice la verdad?... ¿Se ha burlado de mí la desdichada?

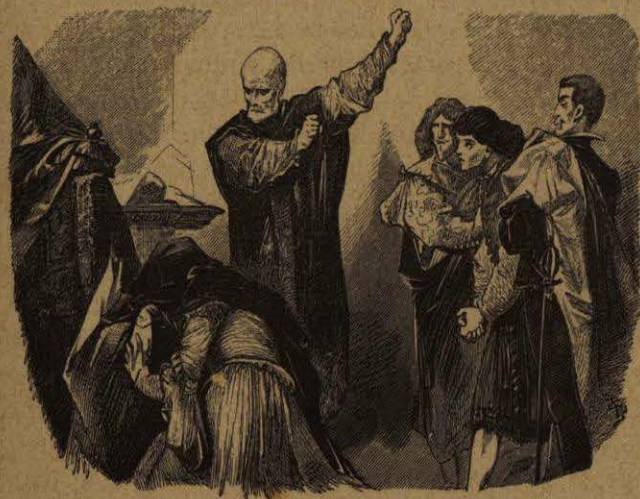
CALCAGNO.—No te precipites, Borgognino. Esta doncella es pura como un ángel.

BORGOGNINO.—¡Pues entonces!... ¡Como hay Dios que no comprendo!... ¡Deshonrada y pura á la vez!... Os mirais mutuamente, sin decir palabra; vaga por los trémulos labios la noticia de una accion monstruosa... Os conjuro á que no os mofeis por más tiempo de mí... ¿Es pura?... ¿Quién ha dicho eso?

VERRINA.—Mi hija no es culpable.

BORGOGNINO.—Entonces la violencia... (*Echa de nuevo mano á la espada.*) Genoveses... decidme por todos los pecados del mundo, ¿dónde hallaré al desalmado?

VERRINA.—Donde esté el tirano de Génova. (*Borgognino, estupefacto. Verrina se pasea pensativo y luego se detiene.*) Si no me engañan los indicios, ¡oh, eterna



Providencia! quieres servirte de Berta, para libertar á mi patria. (*Se adelanta hácia ella, se quita lentamente el crespon que lleva atado al brazo y dice en tono solemne.*) No ha de brillar sobre estas mejillas un solo rayo de luz, antes que la sangre de los Dória haya lavado la mancha de tu honor... ¡Hasta entonces... (*la cubre con*



la gasa) cieguen tus ojos! (Pausa. Los tres amigos le contemplan con sorpresa. Verrina extiende la mano sobre la cabeza de Berta.) Maldito sea el aire que respiras, y el sueño que te alivia, y quien te fuere grato en tu desgracia! Vé á esconderte en lo más profundo de mi casa; llora, gime, toma por pasatiempo tu propio dolor. (Estremecido.) Sea tu vida la convulsion del gusano agonizante, el terco y abrumador combate entre el ser y el no ser, y pese sobre tí esta maldicion hasta que haya espirado Gianettino. Si así no fuere, arrástrala contigo por toda una eternidad... hasta el dia en que se descubra el punto que une los dos extremos de su círculo. (Profundo silencio. Todos los presentes dan muestras de terror, y Verrina los contempla con fija y penetrante mirada.)

BORGOGNINO. — ¿Qué has hecho, padre cruel? ¿Lanzar sobre tu hija tan horrible y monstruosa maldicion!

VERRINA. — Es horrible, ¿verdad... tierno novio? (Alzando la voz.) ¿Quién de vosotros osará hablar ahora de aplazamientos y de fria serenidad?... La suerte de Génova pesa sobre mi Berta, y mi ternura de padre responde de mis deberes de ciudadano. ¿Quién seria ahora tan cobarde que quisiera aplazar la hora de vuestra libertad, sabiendo que este cordero sin mancha sufre, por tal cobardía, horribles tormentos? ¡Vive Dios que no hablé á tontas y á locas!... Lo he jurado, y no habrá piedad para mi hija mientras no vea tendido en el suelo á Dória, más que deba ingeniarle para torturarla como un verdugo, y magullarla en el potro como un canibal... ¡Temblais!... Me estais mirando, pálidos como espectros... Te repito, Escipion, que ella es para mí como prenda de que tú degollarás al tirano. De tan precioso lazo cuelga tu deber, el mio, el vuestro. Fuerza es que caiga el déspota de Génova, ó no hay esperanza para mi hija. No me retracto.

BORGOGNINO. — (Se arroja á los piés de Berta.) Caerá, caerá como víctima por Génova. Tan cierto que hundiré esta espada en el corazon de Dória, como que ansio deponer en tus labios el tierno beso de esposo. (Se levanta.)

VERRINA. — Será esta la primera pareja que bendigan las furias. Enlazad vuestras manos. Pues quieres pasarle el pecho á Dória, tómala, tuya es.

CALCAGNO. — (Arrodillándose.) Ahí teneis otro genovés que se arrodilla y depone su temible acero á los piés de la inocencia. Así le sea tan fácil á Calcagno acertar con el camino del cielo, como á su espada con el corazon de Dória. (Se levanta.)

SACCO. — Rafael Sacco es el último en prosternarse, pero no el menos resuelto. Si no abre mi puñal la prision de Berta, que Dios cierre el oido á mi postrera oracion. (Se levanta.)

VERRINA. — (Con júbilo.) Os doy las gracias en nombre de Génova, amigos. Vé, hija mia; sé dichosa con sacrificarte así por la causa de la patria.

BORGOGNINO. — (La abraza.) Vé, confia en Dios y en Borgognino. El mismo dia verá la libertad de Génova y de Berta. (Berta se va.)

### ESCENA XIII.

Dichos, menos BERTA.

CALCAGNO. — Antes de pasar adelante, una palabra, genoveses.

VERRINA. — La presumo.

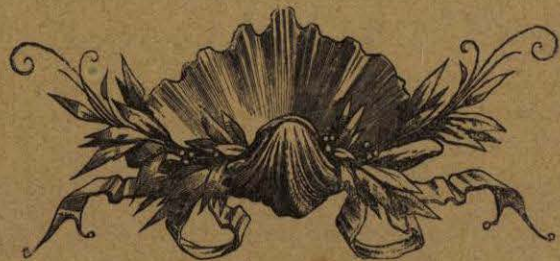
CALCAGNO. — ¿Seremos bastantes los cuatro para derribar la hidra poderosa de la tiranía? ¿No seria conveniente sublevar al pueblo, y atraer á la nobleza á nuestro partido?



VERRINA. — Comprendo. Oye, pues : tengo á sueldo, hace algun tiempo, un pintor que trabaja ahora en un lienzo que representa la caida de Apio Claudio. Fiesco es adorador de las bellas artes, y se entusiasma con facilidad á la vista de un asunto elevado. Haremos que lleven el cuadro á su palacio, y mientras le contemple, permaneceremos junto á él. Tal vez al aspecto de la pintura despertará su genio... tal vez...

BORGOGNINO. — Para nada le queremos. Redobla el esfuerzo, y nó los auxiliares, dice el héroe. Tiempo há que sentia en mi alma un vacío que nada podia llenar, y advierto de súbito que era... (*Se iergue con heroico ademan.*) Ya tengo un tirano.

(*Cae el telon.*)



## ACTO II.

### ESCENA PRIMERA.

Antecámara en el palacio de Fiesco.

LEONOR. — ARABELLA.

ARABELLA.

**O**S digo que no. Sin duda no lo habeis visto bien, ó lo habeis visto con los ojos de los celos.

LEONOR. — Era Julia en persona ; vaya, no hables más de ello. Mi retrato iba colgado de una cinta azul celeste, y ésta era de color de fuego... Mi suerte está decidida.

### ESCENA II.

Dichos. — JULIA.

JULIA. — (*Con afectados modales.*) El Conde me ha invitado á ver desde su palacio el cortejo que se dirige á la casa capitular. ¡Qué largo va á parecerme el tiempo! Mientras traen el chocolate, señora, hacedme compañía. (*Arabella se va, y vuelve á poco.*)